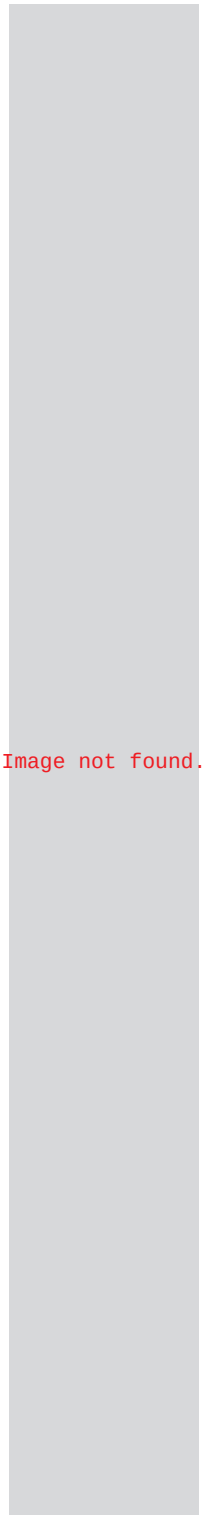
Anastasio

Ayelén Peralta



Capítulo 1

Anastasio.

Anastasio no puede ser llamado a los edenes del olvido de lo inútil, acudir a la aurora pariente, saborear lo inteligible durante el parto de una musa primeriza, y rasgar sus vestiduras tejidas por pasos de danza de una máquina siniestra.

Útero de textos nefastos y vacíos de carne, como la sorda repetición del hastío en burdas cotidianidades burguesas, que agazapan en las esquinas y en los artefactos, a pocos metros del roce con las frágiles gestaciones y los milagros en potencia.

Anastasio descubre el juego de las gaviotas mientras sueña su texto ilustrado, que le ofrenda el coma profundo de las noches.

Pero al regresar del paisaje, se reintegra a la toma sindicalista del espíritu: de pronto se halla nuevamente de este lado del espejo, para supervisar sus normas sociales tres minutos antes de partir hacia el yugo. No se da por enterado a quién pertenecen las gaviotas.

En el camino se cruza a Yocasta. Se enamora.

En la radio, el bastardeo de las cosas bonitas, de la naturaleza viva recién traída al mundo.

Se va tropezando con las conocidas melodías de consumo, que soslayan mis pupilas musgosas; mientras las tontas aceptan -de ante mano arrepentidas-, una prosa inconvertible en tacto, en la que no creen, ¡multiplicada por el cacareo de las aves de un corral cuadriculado y prepotente!

Provocado, Anastasio entra al cine por error, mas, a una sala equivocada… y entonces, los ángeles independientes lamentan sus pasos torcidos, una vez más, por el grotesco utilizado con fines lucrativos; y lloran y maldicen el abrevadero de Anastasio…